

La traducción literaria  
en la Argentina:  
las editoriales Sur y Losada en la  
década del treinta

Patricia Willson.  
Inst. Sup. en Lenguas Vivas "Juan Ramón Fernández".  
U.B.A.

## Las editoriales Sur y Losada en la década del treinta

### I.

En un ensayo de 1955, reeditado con su forma definitiva en 1963, Alain Robbe-Grillet hace una defensa del derecho —y subraya el deber— que tiene el escritor de reflexionar, e incluso teorizar, sobre del propio texto; el ensayo al que me refiero se titula “Para qué sirven las teorías”, y está incluido en *Para una nueva novela*. La defensa es encendida: Robbe-Grillet le atribuye a ese derecho-deber la capacidad de conjurar la concepción decimonónica de la figura de escritor, especie de “monstruo inconsciente, irresponsable y fatal”, al que, según esta concepción, sería escandaloso permitirle “tener opiniones sobre su propio *métier*”.<sup>1</sup> Treinta años más tarde, en 1992, en su introducción a *Rethinking Translation: Discourse, Subjectivity, Ideology*, Lawrence Venuti utiliza términos muy similares para referirse a la función que le cabe al traductor en cuanto a la reflexión sobre su práctica. Cito en traducción propia: “[los traductores] son considerados *amateurs* estéticamente sensibles o artesanos talentosos, pero no escritores críticos [...], capaces de desarrollar una conciencia lúcida de las condiciones culturales y sociales de su propio trabajo.”<sup>2</sup> También Venuti hace referencia al peso que tiene el siglo XIX sobre la concepción contemporánea de autor, original y traducción.

Entre ambos textos median, como dije, treinta años. Este lapso coincide con el transcurrido en la Argentina entre la profesionalización del escritor durante la primera década de este siglo y, según la hipótesis que sustenta este trabajo, la “profesionalización” del traductor hacia fines de los años treinta. Propongo esta coincidencia, que es en realidad una petición de principios, como punto de partida para poner en relación dos procesos y centrarme en las condiciones de emergencia del segundo. El primero consiste en el abandono de la figura del “gentleman escritor”, típico del ochenta, por “la del escritor para quien escribir es siempre ocupación central [...]”. Con la conciencia social que plantea exigencias propias, aparece nítidamente [...] el programa de reivindicaciones corporativas: defensa de las editoriales argentinas, de los derechos de autor, de los derechos del periodista profesional, fundación de una sociedad de escritores, de una casa del escritor, etc.”<sup>3</sup>

El segundo proceso coincide con la aparición en nuestro país de proyectos editoriales en los cuales la práctica de la traducción alcanza un estatuto que hace posible la plena identificación del traductor como enunciador segundo del texto literario extranjero.

1- A. Robbe-Grillet, “A quoi servent les théories”, en *Pour un nouveau roman*, París, Les Éditions de Minuit 1986, p. 10.

2- L. Venuti, “Introduction”, en *Rethinking Translation: Discourse, Subjectivity, Ideology*, Londres-Nueva York, Routledge, 1992, p. 1.

3- C. Altamirano y B. Sarlo, *Ensayos argentinos*, Buenos Aires, C.E.A.L., 1983, p. 79; para este tema es de interés todo el ensayo: “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, pp. 69-105. Véase también D. Viñas, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, C.E.A.L., 1982.

## II.

Para caracterizar el proceso de profesionalización del traductor en la Argentina es necesario reseñar brevemente lo sucedido durante la década del veinte. En esos años, la Cooperativa Editorial Claridad, fundada en 1922 por Antonio Zamora, publica la colección Los Pensadores. La intención que anima este proyecto es explicitada por la editorial: "En Los Pensadores se irán publicando las mejores producciones literarias del ingenio humano, en todos los órdenes: novela, historia, poesía, ciencia, filosofía, memorias, viajes, ensayos, biografías, etc."<sup>4</sup> Según G. Montaldo "El catálogo de Los Pensadores cumple esta lista pero predominan las obras de ficción porque ellas enseñan de 'la mejor manera posible', esto es, a través del ejemplo y con una retórica particular; retórica que es la del realismo, tal como quedará definido: se muestran las injusticias y se destacan los sentimientos de los personajes, los dramas sociales, etc."<sup>5</sup> En esta colección no aparece mencionado el traductor, salvo en el caso de Juan Ramón Jiménez, traductor de Romain Rolland.

Por su parte, *Crítica*, un periódico fundado en la década del diez, siempre dispuesto a anticipar y satisfacer las demandas de un público creciente, traduce textos literarios europeos organizados en bibliotecas y colecciones atentas a diferentes demandas de lectura; sin embargo, rara vez se consigna quién es el autor de la traducción. Así, la Biblioteca de *Crítica* publica a Anatole France, H.G. Wells, Joseph Conrad, François Mauriac, Iván Turgueniev, Octave Mirbeau, entre diciembre de 1924 y octubre de 1926, sin que aparezca el nombre del traductor.<sup>6</sup> El primer paso de la profesionalización —la identificación con nombre y apellido del traductor—, aún no se ha dado. Cabe aquí una hipótesis alternativa, pero que no contradice la primera: ¿se trataba de traducciones "piratas", realizadas verosímelmente en España? Esta hipótesis tal vez quede avalada por el colofón incluido por la editorial Sur en algunos de sus primeros textos traducidos, al que haremos referencia más adelante.

También en la Biblioteca de *Crítica* hay una excepción en cuanto a la sistemática omisión del nombre del traductor: Adolfo Dorfman traduce a Lenin directamente del ruso. Tal vez esta explicitación se deba a que Dorfman era columnista reconocido del diario. Si se relaciona este caso con el de Juan Ramón Jiménez, es posible conjeturar que en ambos emprendimientos editoriales la existencia previa de una "profesión reconocida" —periodista, poeta— es una condición *sine qua non* para que el traductor sea mencionado. Sí suele hacerse referencia a la calidad de la traducción. En este sentido, es paradigmático el ejemplo de editorial Tor, don-

4- G. Montaldo, "La literatura como pedagogía, el escritor como modelo", en *Cuadernos Hispanoamericanos* N° 445, julio de 1987, p. 49.

5- *Ibid.*, p. 49. Véase también, sobre editorial Claridad, J. Barcia, "Claridad, una editorial de pensamiento, en *Todo es historia* N° 172, septiembre de 1981; L. de Sagastizábal, *La edición de libros en Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1995.

6- Estos datos y todos los referidos al diario *Crítica* están tomados de S. Saitta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la constitución del periodismo moderno*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

de la omisión de la mención del traductor está acompañada de alabanzas a la traducción que aluden invariablemente al tópico de la fidelidad al original.

Ya en la década del treinta, es decir, contemporáneamente a los textos dados a conocer por la editorial Sur, la revista *Leoplán* publica una biblioteca destinada a sectores bajos y medios en la que "entran desde las grandes novelas realistas del siglo XIX (Dickens, Balzac, Tolstoi) hasta el policial de Agatha Christie y Van Dine, pasando por los ejemplos más prestigiosos de la novelística de aventuras y misterio (Verne, Stevenson, Poe)".<sup>7</sup> Según R. Rocco-Cuzzi, esta biblioteca, que pone de manifiesto la primacía de la peripecia por sobre la experimentación formal, "podría explicar el desplazamiento de la figura del traductor, la omisión de cuyo nombre es particularmente significativa en una publicación que, si bien incluye muchos textos de autores nacionales, edita preponderantemente materiales de origen extranjero". Esto se condice con una concepción realista de la literatura: la enunciación —primera o segunda— es una transparencia. Lo que importa es la anécdota, porque ésta a su vez es la portadora de la moraleja o de la enseñanza, en términos de Montaldo.

### III.

*A priori*, Sur parecería encontrarse en las antípodas de un proceso de profesionalización; la misma Victoria Ocampo describe su emprendimiento editorial como una empresa familiar de loables intenciones culturales, pero ajena a los avatares del mercado. Al respecto, es muy elocuente su "Vida de la revista *Sur*. Treinta y cinco años de una labor", texto incluido a manera de prólogo del número índice publicado en 1967. En él, Victoria Ocampo narra el origen de la publicación con profusión de anécdotas que la involucran, a ella y a sus amigos: Guillermo de Torre, Alberto Salas, Waldo Frank, Eduardo Mallea, entre muchos otros.

Sin embargo, en la editorial Sur, fundada por ella en 1933, y anteriormente en la revista, que comienza a aparecer en 1931, el traductor es invariablemente identificado con nombre y apellido, a menudo en página impar, debajo del título de la obra y del nombre del autor. En uno de los primeros volúmenes aparece, como colofón, la siguiente leyenda: "Este libro se acabó de imprimir para la editorial Sur, en su única traducción española directa del francés, legítimamente autorizada, el día once de marzo de mil novecientos treinta y siete, en la imprenta López, Perú 666, Buenos Aires."<sup>8</sup> Y cabe señalar que la única referencia al dinero (aunque epistolar, y presentada como grata evocación) es la adquisición de los derechos para publicar a Aldous Huxley y a D. H. Lawrence, utilizando como intermediaria a la editorial Espasa-Calpe de Madrid.

Secretarios de redacción, colaboradores y traductores de *Sur* pasan en la década del cuarenta a las editoriales Losada y Emecé como directores de colecciones

7- Véase R. Rocco-Cuzzi, "Leoplán: entre la biblioteca y el kiosco", *Hipótesis y discusiones*/12, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, noviembre de 1996.

8- Colofón de *Mea culpa. La vida y la obra de Semmelweis* de L.-F. Céline, Buenos Aires, Sur, 1937 (traducción de Ernesto Palacio).

(es el caso de Eduardo Mallea, Guillermo de Torre, Borges, Bioy Casares) y como traductores (José Bianco, Enrique Pezzoni, Aurora Bernárdez, Julio Gómez de la Serna, Patricio Canto, Francisco Ayala). De algunos de estos traductores se ha dicho que constituyen una secreta tradición de traductores argentinos.<sup>9</sup> Algunos de ellos han escrito o se han pronunciado en entrevistas sobre la práctica de la traducción.<sup>10</sup> El final de los años treinta constituye, pues, para la tradición de traductores argentinos, una suerte de comienzo, de punto de partida, que implica un posicionamiento respecto de lo que antecede y que, con la distancia, podemos incorporar a una serie cuyo origen ilustre representa.

Los respectivos catálogos de Sur y de Losada dan prueba de una actividad muy atenta a lo publicado en Europa. Con poco tiempo de retraso respecto de la aparición del texto en lengua original, se publican en Buenos Aires *Un cuarto propio* y *Orlando* de Virginia Woolf, en traducción de J. L. Borges, y *La condición humana* de André Malraux, en traducción de Augusto Comet, traducciones que Sudamericana reeditará hasta el presente, sin otros cambios que los resultantes de la reforma ortográfica. Antes del cuarenta, sólo un título publicado por editorial Sur es un texto literario del siglo XIX: *Cumbres borrascosas*, de Emily Brontë, traducido por María Rosa Lida, también asidua colaboradora de la revista, y prologado por la propia Victoria Ocampo.

Este texto resulta interesante porque presenta, entre el prólogo y el texto traducido —entre prologuista y traductora—, una diferencia de ubicación respecto de lo extranjero: si para Victoria la protagonista femenina de *Cumbres borrascosas* es Catherine Earnshaw, para María Rosa Lida es, invariablemente, Catalina. Los textos publicados por Sur en ese período son: en 1933, *Contrapunto* de Aldous Huxley, y *Canguro* de D. H. Lawrence, ambas novelas en traducción de Lino Novas Calvo; en 1934, *La virgen y el gitano* de D. H. Lawrence, en traducción de Basilio Uribe; en 1936, *La condición humana* de André Malraux, en traducción de Augusto Comet, *Perséfone* de André Gide, *Un cuarto propio* de Virginia Woolf, estas dos últimas obras en traducción de J. L. Borges; en 1937, *Los desterrados* de James Joyce, en traducción de A. Jiménez Fraud; *Orlando* de Virginia Woolf, en traducción de J. L. Borges, y *Mea culpa. La vida y la obra de Semmelweis* de Louis-Ferdinand Céline, en traducción de Ernesto Palacio; en 1938, *El Gran Maulnes* de Alain Fournier y —aquí sí como excepción sin mención del traductor—; finalmente, *Al faro* de Virginia Woolf, en traducción de Antonio Marichalar.<sup>11</sup>

A través de reseñas y artículos diversos, estos autores traducidos desfilan por las páginas de la revista *Sur*; demos como ejemplo el bello artículo de Malraux sobre *El amante de Lady Chatterley* de D. H. Lawrence.

9- Cf. el artículo de Luis Chitarroni, "La secreta tradición de los traductores argentinos" (*Clarín*, Suplemento Cultura y Nación, 16 de julio de 1992).

10- En este sentido, cabe destacar la "Teoría de la traducción" publicada en números sucesivos de *La Nación* por Francisco Ayala en 1949, los comentarios sobre el tema vertidos por José Bianco y recopila dos en *Ficción y reflexión* (México, F.C.E., 1988), las entrevistas realizadas a Enrique Pezzoni por publicaciones periódicas, así como, en general, el número de *Sur* sobre "Los problemas de la traducción".

11- Véase el apéndice referido a las traducciones de *Sur* en el libro de Frances R. Aparicio *Versiones, interpretaciones y creaciones: instancias de la traducción literaria en Hispanoamérica en el siglo veinte*, Gaithersburg, Hispanamérica, 1991.

Hay un escritor traducido que no aparece como objeto de reseñas ni como autor él mismo de artículos para la revista: Céline. No es difícil imaginar motivos de índole política para tal ausencia.<sup>12</sup>

Entre 1938 y 1940, Losada publica textos extranjeros en dos colecciones: la Biblioteca Contemporánea (que con el tiempo se transformará en la Biblioteca Clásica y Contemporánea), y Novelistas de nuestra época. En la primera se destacan algunos textos del siglo diecinueve, como las novelas de Mark Twain *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Las aventuras de Huck* (traducidas, respectivamente, por José Barreto y A. Hernández Catá), de H. G. Wells *El país de los ciegos* (traducida también por Hernández Catá). También están incluidos autores traducidos por Sur: André Gide y su —para la época— revulsivo ensayo *Corydon*, en traducción de Julio Gómez de la Serna (1938); André Malraux, *Los conquistadores*, traducido por José Viana (1938). Otros autores prestigiosos incluidos en esta colección son Cocteau, Conrad, Chesterton, d'Annunzio, Oscar Wilde, en traducción de J. Gómez de la Serna, Rafael Marquina, Alfonso Reyes y Ricardo Baeza.

En Novelistas de nuestra época, colección que comienza a aparecer en 1939, se publican sólo dos títulos durante el período considerado: *El patriota*, novela de Pearl S. Buck, ganadora del Premio Nobel, en traducción de Carmen Gallardo de Mesa, y *El proceso* de Franz Kafka, en traducción de Vicente Vendimil.

La mención del traductor, sea éste Borges, Alfonso Reyes u otros que sospechamos portadores de menor peso simbólico en esa época, no es la única diferencia entre Sur-Losada, por una parte, y Claridad y la Biblioteca de *Crítica*, por la otra. La presentación de los volúmenes es más sobria en las dos primeras editoriales, al menos durante este período. Por otra parte, aparecen las notas al pie del traductor, marca elocuente de un enunciador que detecta, y decide hacer visible para el lector, la relevancia semántica de un juego de palabras o de un nombre propio que no puede traducir.

#### IV.

Como cierre, y desde la perspectiva de nuestra práctica y a la luz de las opiniones de Robbe-Grillet y de Venuti citadas al comienzo de este trabajo, quisiera repensar el siguiente sintagma: "En *Sur* se destaca la presencia de Borges". No voy a referirme al sentido primero, y más obvio, de "Borges como escritor de mayor proyección universal", o "Borges como generador de nuevas poéticas del relato", sino a su manera de concebir la traducción: "Borges como generador de otra poética de la traducción".

12-No resulta pertinente en este trabajo hacer un análisis de este punto. Para un estudio más detallado de los años de constitución del grupo Sur y de la primera época de las publicaciones de la revista y la editorial, véase María Teresa Gramuglio, "Sur': constitución del grupo y proyecto cultural", y Beatriz Sarlo, "La perspectiva americana en los primeros años de 'Sur'", ambos artículos en *Punto de vista* N° 17, así como M.T. Gramuglio, "Sur en la década del treinta: una revista política", en *Punto de vista* N° 28.

Desde su práctica y desde se reflexión sobre la práctica de la traducción —reflexión que puede ser literal o metafórica—, Borges es quien más a contravenido el mandato hegemónico en la cultura occidental de que la traducción no se note, que sea tan aceptable para la cultura y la lengua meta que produzca la ilusión (y sólo puede tratarse de una ilusión, puesto que no es la realidad) de que el texto traducido es un texto escrito originariamente en la lengua meta.<sup>13</sup> Esto tiene como efecto la asimilación —metonímica, podríamos decir con indulgencia— del traductor a la editorial.

En la reciente reedición de *Baudelaire*, biografía del poeta francés escrita por François Porché, la traductora, Sylvia Iparraguirre, hace referencia en un "prólogo de la traductora" a la publicación por parte de Losada de una traducción del texto en 1949, y no menciona al traductor. Quisiera reparar esta omisión, porque me parece lesiva del reconocimiento de nuestra práctica, y de quienes la ejercieron antes que nosotros: el traductor fue Luis Echávarri, y su versión castellana de la biografía de Baudelaire fue reseñada en el número 176 de la revista *Sur* por Julio Cortázar. *Hélas!* Tampoco Cortázar menciona al traductor.

---

13- En este sentido, sigo los conceptos vertidos por Venuti tanto en su Introducción a *Rethinking Translation*, ed. cit., como en *The Translator's Invisibility*, Londres-Nueva York, Routledge, 1995.